

ZOCOS, 22

HIROSHIMA

SOL, SILENCIO, OLVIDO

Imagen de cubierta: *Ibakeusba, les survivants*, Hiroshima. © Rancinan/
Coproductión Rancinan Entreprise/L&G

© De los textos: Ana Arias y Fernando Palmero

© De esta edición: Editorial Confluencias

© De las fotos: Hiroshima Peace Memorial Museum, National
Archives Building, Washington, D.C.

© De la ilustración de solapa: Suzuki

© Confluencias, 2021

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-124200-0-5

Depósito legal: AL 2356-2021

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ANA ARIAS
FERNANDO PALMERO

HIROSHIMA

Sol, silencio, olvido



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Un pacto de olvido	13
I. La ciudad elegida	35
II. Genocidios	59
III. EEUU: de los campos de concentración al bombardeo atómico	69
IV. Japón: la expansión homicida del ejército imperial por Asia	137
V. El cine ocupado	181

EPÍLOGO

El regreso. Lo imprevisto	205
---------------------------	-----

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS	217
------------------------	-----

FILMOGRAFÍA CITADA	221
--------------------	-----

A José Jiménez Lozano, in memoriam

*Hoy traigo un brusco amanecer
Unas flores que cortar
Un paisaje que ordenar
Roto y su silencio*

*Hoy traigo algo para ti
Cuadros rotos que quemar
Traigo cielo y fuego
Traigo todo un siglo*

*Ropa limpia sin poner
Traigo muchos muertos
Traigo un triste amanecer
Traigo cielo y fuego*

[...]

*Buenos días Hiroshima
Soy un sol dentro en otro sol
Soy la sombra de la noche
Átomos bailando en tu honor*

*Vuelan contra todo
En sentido contrario*

Lagartija Nick

INTRODUCCIÓN

UN PACTO DE OLVIDO

Fueron días en los que las moscas bebían sangre humana. Se extendió el rumor de que nunca volverían a crecer ni la hierba ni los árboles y la gente no podría vivir allí durante setenta y cinco años

Iri Maruki y Toshiko Akamatsu

No hubo que esperar tanto. Las lluvias del final de verano, explica Kenzaburo Oé en sus *Cuadernos de Hiroshima*, lavaron la tierra quemada por el resplandor (*pika*) y la explosión (*don*). *Pika Don*. Así llamaban los supervivientes de Hiroshima a la bomba que arrasó todo cuanto encontró a su paso. Los que estaban a varios kilómetros del epicentro de la detonación (las inmediaciones del puente Aioi, hoy junto al Parque Memorial de la Paz) vieron una potente luz y a continuación escucharon un estruendo terrorífico. Los que aquel 6 de agosto

de 1945 comenzaban sus rutinas diarias en el centro de la ciudad quedaron cegados por un destello de luz blanca. Y no escucharon nada. Solo silencio. «Yo estaba absolutamente seguro de no haber oído nada parecido a una explosión la mañana del bombardeo», relata en sus memorias el doctor Michihiko Hachiya. «Tampoco recordaba haber percibido otro sonido durante mi lenta marcha hacia el hospital en medio de casas que se desplomaban. Había sido como moverse en una película muda y mal iluminada».

No hubo que esperar 75 años. La hierba volvió a crecer en primavera y la ciudad fue reconstruida en poco tiempo. Desde los cimientos. Con rapidez. Para que no quedasen huellas del crimen, ni rastro de identidad de lo que había sido Hiroshima. No ocurrió como en Varsovia, o en Dresde, para cuyas reconstrucciones tras la Segunda Guerra Mundial se recurrió a los planos de diferentes épocas. Allí todo se hizo de nuevo, conservando solo la particular estructura de un gran delta que dibuja el río Otâ en su desembocadura en el Mar Interior de Seto; disposición por la que se conocía a la ciudad como la de los siete ríos (hoy solo seis), y cuyo discurrir la convierten en un entramado urbano de varias islas y decenas

de puentes que, como ha escrito Suso Mourelo, la «envenecian». Era imprescindible evitar que la desolación recordase cada día la catástrofe. Así lo impusieron los perpetradores, con la intención de que nadie conociese los detalles de la atrocidad cometida. También, para que no se identificase aquella masacre como una venganza. Ni siquiera como un acto de guerra. Que todos entendiesen que lo ocurrido estuvo provocado por un poder nuevo y demoniaco. Científico, decían. Ajeno a voluntad alguna. Salvo a la divina. En forma de castigo.

«Shikata ga nai», repetía Nakamura-san a John Hersey en la primavera de 1946, cuando el corresponsal de *The New Yorker* pasó tres semanas en Japón entrevistando a seis supervivientes del ataque atómico, cuyos testimonios articulan uno de los grandes reportajes de la historia del periodismo, *Hiroshima*. «Nada que hacer». Para la señora Nakamura, como para tantos *hibakushas* (término genérico utilizado para señalar a quienes sobrevivieron a los inmediatos efectos nucleares y cuya traducción literal sería la de *personas afectadas por una explosión*), «la bomba parecía casi un desastre natural: un desastre que era simplemente consecuencia de la mala

suerte, parte del destino (que debía ser aceptado)». Una consecuencia, en definitiva, del poder destructivo de las potencias sobrenaturales. «La religión nativa más antigua de Japón», explica Ian Buruma en *El precio de la culpa*, «el Shinto, que significa *Camino de los Dioses*, consta de rituales para apaciguar las fuerzas de la naturaleza, a las que se considera divinas. Puesto que la naturaleza puede estar enfurecida o mostrarse bondadosa, a estos dioses hay que mantenerlos siempre felices a través de ofrendas, ceremonias y sacrificios. Los dioses Shinto, a diferencia de los cristianos o judíos, no imponen leyes ni criterios morales, ni un dogma. Solo quieren ser respetados». Y si no lo son, estallan. Como en 1954, cuando el Gobierno estadounidense hizo detonar una bomba de hidrógeno en las islas Bikini, en el archipiélago de las Marshall, en el Pacífico Sur, cuya radiactividad acabó con la vida de los 23 tripulantes de un pesquero japonés que faenaba en la zona y afectó a los 239 habitantes de los atolones cercanos, de los cuales 49 murieron en los siguientes 12 años. Entonces, en vísperas de la inauguración del Museo de la Paz en Hiroshima, no solo se reactivó el debate en torno al peligro y la legitimidad del uso del armamento

nuclear, sino que surgió uno de los personajes más populares de la cultura japonesa, inspirado en la idea sintoísta de las fuerzas naturales. «Godzilla», explica Buruma, «no fue simplemente concebido como un King Kong gigante», sino que fue «activado por detonaciones nucleares submarinas», que despertaron la cólera de los dioses. También ellos, según el relato oficial, podrían haber tenido algo que ver con lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki.

Nada tuvo de sobrenatural ni de castigo divino, sin embargo, el brutal ataque con un arma desconocida e imprevisible en agosto de 1945. La abuela de 80 años que contaba noche tras noche a su nieto los recuerdos de aquella fatídica mañana, y cuyo testimonio recogieron en el verano de 1950 Iri Maruki y Toshiko Akamatsu en *Pika Don*, parecía tenerlo claro: «Fue como el infierno, una procesión de fantasmas, un mar de llamas. Pero yo no vi al demonio, y por eso pienso que fue algo que sucedió en esta tierra... Una bomba atómica no cae por sí misma; alguien tiene que lanzarla». No le faltaba razón. Aquel artefacto procedía del más avanzado y apresurado desarrollo científico, fruto de la colaboración de los gobiernos de

EEUU, Canadá y Reino Unido junto a grandes corporaciones industriales y financieras, en el que fue conocido como *Proyecto Manhattan*, idealizado en *Principio o fin* (dirigida por Norman Taurog en 1947), una de las pocas películas de propaganda producidas en Hollywood sobre el programa atómico. La bomba había sido diseñada para ser utilizada en Europa contra la Alemania nazi, en caso de ser necesario. No lo fue. El Tercer Reich, que llevaba intentando desarrollar armamento nuclear desde los años 30, capituló en mayo de 1945. El Gobierno de EEUU –dirigido desde el 12 de abril de ese año por Harry S. Truman, tras la prematura muerte de Franklin Delano Roosevelt– pensó entonces en Japón. Y alumbró la posibilidad de provocar la aniquilación de parte de un país que se resistía aún a rendirse y eliminar, de paso, a un enemigo al que consideraba *una raza inhumana* y al que no le perdonaba su inesperado ataque contra la base naval de EEUU en Hawái el 7 de diciembre de 1941. Más de 2.400 norteamericanos muertos, unos 1.200 heridos y gran parte de la flota hundida. «¡Que sigan muriendo! ¡No olvidéis Pearl Harbor!», repetirían los marines en las duras batallas en las islas del Pacífico

en su avance hacia Japón. Cualquier castigo estaba justificado. Incluso la utilización de un arma que, mediante una reacción nuclear en cadena en una masa de uranio –el elemento más pesado de la tabla periódica–, provocó una onda expansiva de calor de unos 300.000 grados centígrados, aniquilando cualquier atisbo de vida que se encontrase a un kilómetro y medio del hipocentro. Según la Radiation Effects Research Foundation (RERF), una organización de investigación conjunta entre EEUU y Japón con sede en Hiroshima, no se puede precisar con exactitud el número de víctimas inmediatas (muchas de ellas se volatilizaron, literalmente), pero habría habido un mínimo de 90.000 y un máximo de 166.000. En Nagasaki, bombardeada tres días después de Hiroshima, fueron entre 40.000 y 75.000. Cinco años después, según la RERF, en ambas ciudades existían aún 280.000 personas afectadas por la radiación, que irían incrementando el número de unas víctimas, ya incontables, que pese a mantenerse con vida, se sabían sentenciadas. Y, como en el célebre pasaje de Pascal sobre la condición humana, veían morir cada día a otros *hibakushas* como ellos y esperaban con angustia su turno. Pero de

eso no podía hablarse. La censura fue absoluta e implacable. En especial con los supervivientes, que sufrieron desde el primer momento el estigma del apestado.

Kenzaburo Oé recuerda en sus crónicas cómo el 19 de septiembre de 1945, «el Cuartel General de las Fuerzas de Ocupación Aliadas publicó un código de prensa según el cual se restringían las referencias a cualquier asunto relacionado con las bombas atómicas en discursos, informes y publicaciones». Hasta tal punto fue así, que el principal periódico de Hiroshima, el *Chugoku Shinbun*, tardaría años en tener los tipos de imprenta para escribir *bomba atómica* o *radiactividad*. Estas instrucciones estuvieron en vigor hasta el fin de la ocupación, oficializada junto a EEUU y otros 50 países (entre los que no se encontraban ya potencias comunistas como la URSS, Corea del Norte o China), en el Tratado de San Francisco del 8 de septiembre de 1951. Solo a partir de entonces, las víctimas pudieron empezar a publicar sus experiencias y comenzaron a realizarse trabajos de investigación independientes sobre lo ocurrido para desmentir las afirmaciones del equipo de cirujanos del ejército estadounidense

que, en el otoño de 1945, había sentenciado: «Todas las personas que podían morir a causa de los efectos radiactivos de la bomba atómica ya han muerto. Por lo tanto, no surgirán más casos de efectos fisiológicos atribuibles a la radiación residual». De esta forma, pudieron ver la luz investigaciones llevadas a cabo por médicos como Fumio Shigetô, director desde hacía poco tiempo del Hospital de la Cruz Roja de Hiroshima el fatídico día del bombardeo. Shigetô fue el primero en relacionar la alopecia que sufrían muchas personas con su exposición a la radiación, y quien presentó en la Sociedad Hematológica de Japón en 1952 un estudio de uno de sus discípulos en los que se vinculó por primera vez de manera oficial (hasta entonces no había sido posible) la leucemia con los efectos de la radiación nuclear.

Pero el bloqueo informativo sirvió también para que el imperio japonés, del que ya solo quedó su emblemática figura, el indultado emperador Hirohito, camuflara lo que no fue sino un inapelable desastre militar. Explica Florentino Rodao en *La soledad del país vulnerable* que el Gobierno japonés utilizó las bombas atómicas para adaptar la narrativa sobre el final

de la guerra a sus particulares intereses: «La ciencia allanaba una derrota más aceptable, pues permitía culpar a los militares solo indirectamente» de ella. De ahí que el emperador Hirohito enfatizase «la capacidad destructiva de las nuevas *bombas crueles*, que podrían extinguir no solo a la nación japonesa sino incluso a la civilización humana». Los ataques nucleares, además, «permitieron esconder el hambre y la creciente desmoralización de una población que huía en desbandada de las ciudades». Porque de la expansión territorial nipona, primero por la China continental, luego a través de todo el sudeste asiático, no se lucró la población. Muy pocos, explica Rodao, «se habían beneficiado con el envío a casa de productos saqueados o apropiándose de los bienes personales de los judíos deportados, como ocurrió en el Tercer Reich. Aparte de algunas victorias militares que inflamaron el orgullo nacional, los japoneses vivieron pocos desahogos desde que en 1937 la producción nacional se puso al servicio de la victoria bélica».

Por eso, no es del todo pertinente establecer paralelismos históricos: «Calificar de fascistas a los gobernantes japoneses», explica Ian Buruma

en *Año cero. Historia de 1945*, «sería pecar de inexactos. Muchos de ellos eran militaristas, todos nacionalistas y unos cuantos creían en el ideal panasiático de su propaganda oficial: una Asia nueva encabezada por Japón, libre del capitalismo y el imperialismo de estilo occidental». El Estado japonés, en efecto, pese a ser un régimen autoritario en el que eran reprimidos los grupos disidentes y la libertad de expresión estaba limitada, «no elaboró ningún programa sistemático para exterminar a todo hombre, mujer y niño que por razones ideológicas fuera considerado indigno de existir». No hubo nada equivalente al Partido Nazi o a un Hitler y en ningún momento hubo un partido fascista en el poder, lo que no fue óbice para que Japón firmara el pacto Anti-Komintern con Alemania en 1936 y el Tripartito con Hitler y Mussolini en 1940.

Aun así, el resultado de la política racista y homicida del imperio japonés durante casi 15 años de expansión territorial puede considerarse como un programado ejercicio de aniquilación genocida. Al menos de la población china, sobre la que se llevó a cabo un brutal exterminio que segó la vida de unos 19 millones de personas y convirtió en esclavos a miles de ellos,

en minas, canteras y fábricas. Pero también de los coreanos, filipinos, indonesios, birmanos, vietnamitas, malayos... y todos los prisioneros occidentales que vivían en colonias como la Indochina francesa, las Indias Orientales Holandesas o las británicas Singapur y Hong Kong, a los que se confinó en campos de concentración sin medidas higiénicas ni alimentarias y se les obligó a trabajar hasta la extenuación en obras de infraestructuras, en explotaciones mineras y en fábricas de armamento.

Poco sabíamos de todo esto cuando llegamos a Hiroshima el 28 de septiembre de 2018. Lo iríamos comprendiendo. Luego. En la biblioteca. Y en la pantalla. No allí, en el Museo de la Paz, inaugurado diez años después del bombardeo y convertido en paradigmático ejemplo de una pedagogía del desarme nuclear desde el que propagar una bienintencionada ideología pacifista. Un museo cuya concepción no permite entender lo que ocurrió. Aunque sí conmoverse con la tragedia humana que supuso el ataque atómico. Congelado en el tiempo, el Museo de la Paz se mantiene fiel al pacto de olvido sellado entre Washington y Tokio tras el final de la Guerra y del que ambas potencias salieron beneficiadas.

Japón, para no tener que rendir cuentas sobre su pasado imperialista que, en una desenfrenada política criminal, había dejado masacres tan sangrientas como las de Nankín o Manila. EEUU, para enterrar una política racista que le había llevado a poner en el punto de mira a una nación, cuyos miembros nunca habían podido integrarse del todo en la sociedad estadounidense y sobre los que focalizaron su odio después del ataque a Pearl Harbor. Entonces, la mayor parte de los japoneses que residían en EEUU, muchos de ellos con derecho de ciudadanía, fueron sentenciados por el Gobierno de Roosevelt y encerrados en campos de concentración, bajo jurisdicción militar, de los que no salieron hasta finales de 1944, fecha en la que la potencia norteamericana inició una serie de ataques sin precedentes que sobrepasaba sus objetivos militares, con la intención de *castigar* a la mayor parte de la población japonesa.

Los tripulantes de los 330 bombarderos B-29 que el 10 de marzo de 1945 provocaron la mayor tormenta de fuego de la historia en Tokio con un brutal bombardeo incendiario que dejó 100.000 víctimas en un solo día, ha explicado Laurence Rees en *El holocausto asiático*, sabían que «su

misión ya no era atacar objetivos industriales sino acabar con los civiles y, en la medida de lo posible, dificultar deliberadamente el trabajo de los bomberos que intentaban extinguir los incendios». Llegaron luego los ataques atómicos, lanzados sobre ciudades densamente pobladas y que no habían sido bombardeadas antes. Primero, en Hiroshima, el seis de agosto, una bomba de Uranio-235, bautizada como *Little Boy*. Luego, el día nueve, *Fat Man*, fabricada con Plutonio-239, fue lanzada sobre Nagasaki. El día catorce, se llevó a cabo un nuevo ataque con proyectiles incendiarios que destruyó casi la mitad de la superficie de la poblada ciudad de Kumagaya, en el centro del país. Un nuevo núcleo de plutonio estaba ya preparado para ser ensamblado en la base de operaciones de la isla de Tinian –en el archipiélago de las Marianas, desde donde habían despegado los aviones con destino a Hiroshima (*Enola Gay*) y Nagasaki (*Bockscar*)– y arrojado sobre alguno de los objetivos que había sido seleccionado, antes de que finalizara el mes de agosto. No hizo falta. El día quince, Japón anunciaba su rendición incondicional.